

inagotables. El telegrama de lord Lindsay llegaba muy á tiempo. Una casualidad ó una advertencia.

Después de todo ¿qué arriesgaba Rosas pasando en Londres algunos días y llevándose consigo la quemadura del beso? Tal vez el aire del mar borraría su huella.

—Tengo calentura—decía el Duque.—¡Tenía necesidad de hablar de ella con Lissac! ¡Tenía necesidad de hablar con ella también!—añadía, descontento de sí mismo, turbado y casi furioso.

¡Un peligro!

Tal vez Lissac había cometido una imprudencia pronunciando aquella palabra que para Rosas tenía cierto atractivo siempre. Lo que más irritaba al Duque era la respuesta de Guy afirmando que no había sido el amante de Mariana, pero que ésta había tenido otros. ¿Otros? ¿Qué sabía Lissac? Y dentro de Rosas se mezclaba cierta envidia furiosa á esa fiebre de deseo que el beso de Mariana le inyectaba en las venas. Hubiese querido saber la verdad, volver á ver á Mariana, estrechar más á Guy con sus preguntas. ¡Ojalá no hubiese vuelto, ni la hubiese visto, ni hubiese entrado en casa de Sabina!

—Bueno, sea, Lindsay tiene razón. Me iré.

Al día siguiente por la mañana Guy de Lissac,

recibió una esquela membretada con el escudo de armas del Duque y con esta divisa, que era la suya: *Hasta la muerte.*

José le decía que se iba de París.

«Tal vez teneis razón. Estoy un poco borracho de *parisina*. Me voy á Londres á casa de mi amigo, y si vuelvo á relatar mis viajes y aventuras, os aseguro que será sólo delante de los individuos más graves de la Sociedad de Geografía. Al menos ellos no serán un *peligro*. Gracias y hasta la vista.

Vuestro amigo,  
J. DE R.»

—¡Diablo!—exclamó Lissac, que leyó tres veces consecutivamente la carta.—Estaba cogido de veras nuestro querido Duque. Esta vez Mariana Kayser ha tenido los dientes duros. ¡En fin, allá veremos!....—siguió diciendo en tanto que abría otra carta en la cual un amigo suyo, más rico que él, le pedía dinero prestado.

## VII.

Aquella velada en casa de Sabina Marsy había dejado en Vaudrey algo así como la pesadez de

una borrachera. Levantóse al día siguiente con la cabeza cargada después de una noche durante la cual había visto en la obsesión de un sueño febril entrecortado varias veces por brusco despertar, á aquella bellísima mujer rubia, de pie delante de él y tomándose un sorbete, riéndose sin cesar.

Todas las mañanas, desde que era Ministro, Sulpicio experimentaba feliz sensación al levantarse con la alegría de vivir. Paseaba con cierta especie de voluptuosidad física por sus habitaciones, abría el balcón, miraba al descuido el jardín por donde habían pasado tantos Ministros y que él llamaba, como lo habían llamado los demás, *mi jardín*, y su pensamiento lo llevaba entonces hacia el jardín del Convento de Grenoble. ¡Cuánto camino recorrido desde entonces! ¡Qué hermoso era vivir!

Aquella mañana, por el contrario, encontró un aspecto triste á los desnudos árboles del jardín del Ministerio. Sentíase de mal humor. Lo habían despertado temprano para llevarle telegramas de provincias: noticias insignificantes. Y además su pensamiento no estaba en aquellas cosas. Veíase en casa de Sabina, cerca de Mariana, tan bonita, con su vestido de seda azul pálido y los elegantes rizos de su cabellera rubia.

Si hubiese sido libre, desde aquel momento se hubiera dedicado á buscarla, á volverla á ver. Experimentaba cierto goce juvenil al sentirse interesado de aquel modo. Parecíale que aquella emoción lo rejuvenecía. En otro tiempo había experimentado los mismos efectos.

¡En otro tiempo! Pero *en otro tiempo* no era el hombre importante, el personaje que era ahora. Un ministro tiene muchas cosas que hacer para entregarse á las caricias de una visión. Sulpicio se vistió muy de prisa, y bajó á su despacho, donde en una elegante chimenea de forma antigua ardía una buena lumbre de encina. Sentóse delante de la inmensa mesa de despacho, llena de papeles, y encima de la cual se veía una gran cartera negra con un letrero dorado, que decía: *El señor ministro de la Gobernación*. Habían colocado en medio de su mesa una carpeta de cuero llena de hojas de papel, y en la cual se leía: *Documentos á la firma del señor ministro*. Al lado veíanse multitud de pliegos de papel que llevaban estos membretes: *Prefectura de policía* y *Dirección de la prensa*.

Vaudrey se sentó en su sillón con la satisfacción profunda de una toma de posesión, de la cual no se está cansado. Aquel magnífico salón, adornado

con cuadros ennegrecidos por el tiempo, de mármoles finos, de grandes armarios para libros, le agradaba. Despacho suntuoso, de altos balcones que caían á un patio lleno ya de importunos, de pretendientes que iba recibiendo en un salón contiguo al despacho del ministro, el subsecretario de Gobernación. El ministro respiró satisfecho la atmósfera de su despacho antes de ponerse á trabajar. Todas las mañanas leía los partes del director de la Prensa y del prefecto de Policía, ante todas cosas. Cogió el parte del prefecto. Nada grave. Un pequeño accidente en la vía férrea de Vincennes, cerca de las fortificaciones de París. Un descarrilamiento. Algunos heridos. En el Pasaje de la Opera se había comentado satisfactoriamente la noche antes el próximo discurso del ministro de la Gobernación sobre política interior, y del ministro de Hacienda, que debía desmentir los rumores infundados, ó por lo menos prematuros que habían circulado sobre la conversión de la renta del 5 por 100. Todo iba bien; todo tranquilo. El nuevo ministerio era saludado por la confianza pública. Perfectamente.

Sulpicio sonrió y pasó al parte del director de la Prensa. A excepción de muy pocos periódicos muy mal humorados, opositores irreconcilia-

bles, todos los periódicos franceses y extranjeros elogiaban calurosamente al ministerio que acababa de nacer. El *Times* aseguraba que la combinación ministerial respondía exactamente á las exigencias y necesidades de la situación. Los periódicos de Berlín no lo censuraban, aunque el señor Vaudrey hubiese afirmado más de una vez en la tribuna del Parlamento su patriotismo militante.

«En resumen—decía el parte para concluir— es un concierto general de alabanzas, y la opinión pública se manifiesta altamente satisfecha de haber recibido al fin legítima satisfacción con el advenimiento al poder de un ministerio homogéneo y largo tiempo deseado.»

—¡Qué literatura más extraña!—murmuró Sulpicio casi en voz alta, tirando el parte entre los otros papeles.

Recordaba, que fríamente, mecánicamente, según su sistemática costumbre, el redactor de aquel extracto diario de la prensa periódica había puesto sobre la mesa del ministro al día siguiente de la caída de Picherau, el día que por primera vez se sentó Vaudrey en aquella poltrona, un extracto que decía á la letra:

«La opinión pública, por el órgano de los pe-

riódicos que valen la pena de ser tenidos en cuenta, ha manifestado hace tiempo la confianza que le inspira el Gabinete Picherau, para que el ministerio deba preocuparse de la próxima é inútil interpelación anunciada por el diputado señor Vaudrey.»

¡Y á Vaudrey precisamente, á Vaudrey elegido para reemplazar á Picherau, fué á quien entregaron aquel extracto, como era de cajón!

—¡Qué optimistas son los redactores de estas notas!—pensó Sulpicio.—Después de todo, puede que la cosa lo traiga consigo, y que ningún ministro quiera que le digan la verdad. ¡Pues yo he de hacer que á mí se me diga siempre!

El día se presentaba muy atareado. Multitud de gobernadores iban llegando por el gran portalón del ministerio y entrando en las habitaciones de la izquierda, y los amigos, los pretendientes más asiduos y más íntimos esperaban en las de la derecha, acariciando las mangas de los porteros para conseguir que entraran las tarjetas al subsecretario ó al señor ministro. Había algunos de ellos que con tono familiar decían: *¿El Sr. Vaudrey?* para que los creyesen amigos de su Excelencia.

Sulpicio se veía sitiado por los dos lados á la vez, bloqueado en su despacho, y despedía á los

visitantes y pretendientes apresuradamente con una sonrisa ó con un apretón de manos, prometiendo de buen grado, satisfecho de prometer y desolado cuando advertía algún gesto de disgusto en un rostro humano. De cuando en cuando, á través de sus preocupaciones y de sus conferencias administrativas, se le aparecía la sonrisa de Mariana, como un relámpago en una tempestad; y meneando la cabeza para hacer como que escuchaba y que entendía lo que le estaban diciendo, el ministro se hallaba lejos de allí, junto á la mesa resplandeciente de un *buffet* y mirando una cucharilla de plata, jugueteando entre dos labios rojos.

Entre aquella nube, que ahora iba á ser diaria, de solicitantes, de diputados que reclamaban destinos para sus electores, que pedían la destitución de tal ó cual ayuntamiento, cruces y recompensas para sus agentes electorales, acosando al ministro con recomendaciones y ruegos hechos en un tono de humildad donde casi siempre había su poquito de amenaza, Vaudrey tenía que habérselas rara vez con un amigo. Aquello era una serie abrumadora de indiferentes ó de enemigos disimulados que se resignaban á adular al vencedor. Aquel hombre, que era ministro desde hacía tan poco tiempo, ex-

perimentaba la sensación vaga, inquietante, de que el ministro pertenece á una porción de clientes, siempre los mismos, frequentadores asiduos de aquellos pasillos, bucéfalos de aquellas antesalas, conocidos de los porteros, y que quien quiera que fuese el ministro tenían en el ministerio la misma influencia y el mismo derecho á entrar y á pedir.

Había algunos pretendientes á quienes los porteros saludaban con cierto aire de intimidad como si fuesen antiguos amigos: pretendientes inamovibles que sobrevivían valerosamente á todas las combinaciones ministeriales. Estos entraban en el despacho de Vaudrey con ademán deliberado, como quien conoce el camino y se siente allí perfectamente á sus anchas y como en su casa. Una vez Sulpicio había oído á uno de ellos saludando á un portero por su nombre de pila: «Buenos días, Gustavo», y cuando el ministro preguntó quién era aquel caballero, el portero contestó con cierto tono hasta de respeto: «Es una de nuestras visitas diarias, señor ministro, el Sr. Eugenio Renaudin. Le llamamos señor Eugenio, nada más. ¡Hace tanto tiempo que lo conocemos!»

Aquel *señor Eugenio* había pedido ya un gobierno ó un subgobierno, ó el destino que el señor ministro tuviese á bien concederle.

¿Sus méritos? ¿Sus títulos? Ninguno: pretendiente.

El ministro sentíase abrumado ante aquella serie interminable de solicitudes y pretensiones, cuando el portero le entregó una tarjeta en la cual se leía este nombre: LUCIANO GRANET.

Granet pasaba en el Parlamento por hombre poco adicto á Sulpicio, y Vaudrey sin saber por qué comprendía que aquel hombre estaba llamado á ser sucesor suyo. Razón de más para mostrarse amable.

—¿Qué me querrá?—se dijo para sus adentros.

Granet era un tipo. Junto al ministro actual era el ministro del mañana, el hombre inevitable, el reformista seguro, aquel cuyo advenimiento al poder marcaría, según decían muchos, el final de todos los abusos grandes y pequeños.

—¡Ah, cuando Granet sea ministro! Cuando Granet fuese ministro levantarían monumentos.

La actriz que lanzaba miradas de ambición hacia la Comedia Francesa y soñaba con entrar en aquel templo de Molière no tenía más esperanza que Granet.

Granet prometía á todas las actrices una contrata en el coliseo de la calle de Richelieu.

*Espero á que Granet sea ministro*, se decían dando suspiros, y entretanto solían hacer antesala en casa de Granet aquellas deliciosas pretendientes, una sonrisa de las cuales valía para el futuro excelentísimo señor, todas las dulzuras del poder.

Granet tenía también en todas partes una infinidad de clientes que suspiraban por su advenimiento al poder, que hacían insensible propaganda en favor suyo y que intrigaban incesantemente por él, colaborando por adelantado á su apoteosis.

—¡Ah! ¡Si Granet estuviese en el poder!

—¡No se cometerían tales abusos si hubiese un ministerio Granet!

—¡Todo cambiará cuando Granet sea ministro!

—¡Granet! ¡Querido Granet! ¡Viva Granet!

Vaudrey no ignoraba que desde hacía tiempo Luciano Granet había lanzado de aquel modo su candidatura para una cartera cualquiera, cuanto más importante mejor. Poco había faltado para que Granet formara parte de la última combinación, y en ese caso hubiese sido colega de Vaudrey en vez de ser su rival.

A Sulpicio lo mismo le daba tenerlo por adversario en la tribuna, que por vecino de mesa en los Consejos de ministros. Era un enemigo del cual

había que defenderse. Granet después de todo era una verdadera potencia.

—¿Qué hay?—le dijo el ministro al verlo entrar en su despacho, sonriente, correcto, saludando con cortés amabilidad.—¿Venís á visitar vuestra casa del porvenir, vuestro futuro ministerio? ¡Ya!.....

—¿Yo?—contestó Granet.—Dios me libre de pensar en este ministerio. ¡Está harto bien ocupado!

—Que amable seís, mi querido Granet.

—Bien lejos de mi ánimo disputaros esta cartera. Al contrario, vengo á daros un consejo para consolidar vuestra situación, que por otra parte es muy sólida y envidiable.

—Un consejo vuestro debe ser muy bueno, compañero. Veamos.

—Se trata, mi querido ministro, del nombramiento de subsecretario de Gobernación, y vengo á suplicaros que os intereseis por la candidatura de nuestro compañero de diputación Warcolier, que es muy amigo mío.

Mientras hablaba, Granet, que sentado al otro lado de la mesa, con el sombrero puesto sobre una pierna, miraba al ministro con fijeza á través de sus lentes, vió que contraía un poco los labios y le oyó contestar casi con brusquedad:

—Yo había pensado en Jacquier, diputado por el Oise.

Granet sonrió.

Evidentemente Jacquier era una elección acertada. Un hombre frío, notabilísimo, de talento; pero poco influyente en el Parlamento. Poco amable, de mal carácter y retraído. ¡En cambio Warcolier! Amable como él solo, comunicativo, hombre de mundo, gran orador y muy querido en el grupo Granet.

—Y amigo personal mío, querido ministro. Os juro que me causaréis verdadero disgusto si no apoyáis á Warcolier en el próximo Consejo de ministros, donde hoy mismo, por la mañana, van á quedar acordados los nombramientos de subsecretarios. ¿Se celebra hoy el Consejo? ¿no es verdad?

—Dentro de una hora.

Granet se despidió del ministro repitiéndole con cierta insistencia, que casi molestó á Vaudrey, que el nombramiento de Warcolier sería muy bien recibido por la mayoría de los diputados. Cien veces mejor que el de Jacquier.

—Jacquier es un hurón, y aquí no gustan los hurones—repetía Granet saludando á su amigo.

Dejó á Vaudrey muy descontento y muy abu-

rrido al ver que el dichoso Warcolier había preparado ya el terreno.

A decir verdad, el tal Warcolier le desagradaba tanto como Granet. El candidato para la subsecretaría gozaba, tomando los tiempos como vienen y la vida tal cual es. Había nacido satisfecho y no le gustaban más que los hombres satisfechos. Después de haber sido imperialista en tiempo del Imperio, era ahora republicano en tiempo de la República. Epicúreo, amable, ingenioso, burlón, pensaba de continuo que todo iba á pedir de boca, cuando iba á su gusto. Buscaba siempre el punto propicio para navegar en popa. No gustaba de la gente retraída, cejijunta, descontenta y sombría. Como digería bien, no se le alcanzaba que hubiera quien padeciese del estómago y como buen vividor, no admitía que los hambrientos procuraran alimentarse mejor. Para él todo estaba bien, todo marchaba perfectamente, todo caminaba á las mil maravillas. Admirablemente equilibrado jamás se enfurecía ni tenía envidia. Creíase superior á los demás. Warcolier no se comparaba con nadie, ni siquiera se prefería á los otros, sino que se adoraba sencillamente. El mundo era suyo. Andaba golpeando atrevidamente el suelo, con los brazos siempre abiertos, el vientre hacia adelante y la ca-

beza alta. Por todas partes parecía ir aspirando perfumes de triunfo y de victoria. No era hombre capaz de comprometerse nunca por la causa de los vencidos.

Se conocía de Warcolier una *Historia del trabajo y de los trabajadores* que en su tiempo dedicó á S. M. Napoleón III con esta dedicatoria adulatoria: «A vos, señor, que habéis sustituido con la aristocracia del trabajo la aristocracia del nacimiento, y con la de la sangre vertida por la patria, la de la sangre transmitida por los antepasados.» Luego, allá por el año 1875, Warcolier había hecho una nueva edición de su *Historia del trabajo*, y la gente tuvo curiosidad por conocer la dedicatoria. A él no le costó gran trabajo obviar la dificultad. Había dedicado su libro á otro soberano: «A tí, pueblo, que has sustituido con la aristocracia del trabajo la del nacimiento, y con la de la sangre vertida por la patria, la de la sangre transmitida por los antepasados.»

Y el apellido de Warcolier, que se leía en otro tiempo al pie de profesiones de fe que se encabezaban con estas palabras: *Llamamiento á las gentes honradas. La revolución nos invade*, se leía ahora al pie de proclamas en las cuales exclamaba Warcolier, que era el mismo diablo: *Llamamiento*

á los buenos ciudadanos. *La reacción nos amenaza.*

¡Tal era el hombre que Granet y sus amigos se empeñaban en llevar á la subsecretaría de Gobernación! Vaudrey se proponía decir claramente su opinión, dentro de un rato, en Consejo de Ministros.

La hora del Consejo se acercaba. Sulpicio veía, á través de los visillos de un balcón de su despacho, su berlina enganchada que esperaba en el patio para conducirlo al Consejo aunque la plaza Beauvau no está lejos del Palacio del Eliseo. Metió en la cartera los partes del prefecto de policía y del director de la prensa, y ya se preparaba á salir cuando su portero le entregó otra tarjeta.

—Es inútil, no recibo ya más gente.

—Es que este caballero ha dicho que si el señor Ministro veía su nombre, el señor Ministro lo recibiría de seguro.

Vaudrey cogió la tarjeta.

—¡Jeliotte! Tiene razón. ¡Que entre!

Quitóse el sombrero que se había puesto para salir y se dirigió con los brazos abiertos á la puerta por donde entró un hombre de rostro pálido, flaco, con largas patillas negras que parecían de crin.

Jeliotte, antiguo compañero de carrera del Ministro, era ahora abogado del Tribunal Supremo

y entró saludando ceremoniosamente á Sulpicio que lleno de afectuosa expansión se dirigió apresuradamente, hacia aquel compañero de su juventud.

Jeliotte se inclinó con cierta afectación de respeto y sonrió.

—¡Ah! ¡cuánto me alegro de verte!—dijo Vaudrey.

—¿Me tuteas todavía?—dijo Jeliotte mostrando al sonreír unos dientes claruchos y amarillentos.

—¡Vaya una ocurrencia! ¿Acaso he desmerecido tanto para tí que no deba tutearte?

—Vamos, los honores no te han vuelto el juicio, más vale así—añadió Jeliotte.—¿Me preguntas que cómo estoy? ¡Siempre lo mismo!..... Trabajando mucho..... ¡Te sigo con interés en tu carrera..... y aplaudo tus triunfos!

Al hablar de los *triumfos* de Vaudrey, Jeliotte, sentado en el filo de un sillón, con la vista fija en su sombrero, movía la mandíbula como si estuviese partiendo una avellana con los dientes.

—¡Me he alegrado mucho, muchísimo, de tu entrada en el Ministerio!..... ¡Me he alegrado por tí!

—Y también debieras haberte alegrado por tí, mi querido Jeliotte, pues ya sabes que ahora todo cuanto yo pueda hacer.....

Joliette interrumpió secamente al Ministro diciendo:

—¡Oh, mi querido Sulpicio, cree que no te he de pedir nada nunca!

—¿Por qué?

—Porque, porque..... No, nada. ¡Te digo que nada!

—Pues harás muy mal, si te puedo servir de algo.

—He dicho y repito que nada, nada absolutamente. Bastantes pretendientes tropezarás en tu camino.

—Bien, ¿y qué?

—Aduladores.

—¡Bueno!

—Y yo no soy, ni pretendiente ni adulador. Soy tu amigo.

—Y debes serlo, porque yo te estimo mucho.

—Digo que soy tu amigo, tu amigo desinteresado y que por lo mismo me parecería una infamia pedirte cualquier cosa. ¡Sí, una infamia; estás en candelerero, eres Ministro: pues mejor! ¡Si, mejor! Pero al menos que tus verdaderos amigos te dejen en paz y no te fastidien como esos miserables que se encorban para saludarte ahora, porque estás en el poder. Yo no he de hacerte la corte, te lo pre-

vengo; seré lo mismo que siempre he sido, y así me tomarás ó me dejarás según el cambio de carácter que los hombres produzcan en tí.....

—¡Jeliotte! Vamos, hombre!

—No hay más; ó tomarme ó dejarme. Y como no quiero que se me confunda con los lacayos de honor que pululan por tus antecámaras.....

—¡Qué has de ser lacayo, hombre, ni qué has de hacer antecámara!..... ¿Acaso la has hecho ahora?

—No, todavía no..... Y no venía más que á ver si me recibías..... Sí, un simple ensayo..... Ya está hecho. Y confieso, para honor tuyo, que me ha salido bien. Pero no volveré á intentarlo. Ahora desaparezo. Sí, precisamente venía á decirte, porque me importa decirte, que no me volverás á ver mientras seas Ministro.

—¡Bah! ¡Qué Jeliotte éste!

—Jamás..... Cuando caigas..... porque se cae siempre.....

—Afortunadamente—dijo Sulpicio riendo.

—Afortunada ó desgraciadamente, según y conforme. Pues bien, decía que cuando caigas, ¡oh! entonces no temas que sea yo de los que te vuelvan la espalda.

—Muchas gracias.

—Hayas hecho ó hayas dicho lo que hayas di-

cho y hecho mientras estés en el poder—y el poder emborracha á los hombres—te tenderé siempre mi mano, que será la de un amigo leal. Está seguro que entonces habrá muchos que no te hagan caso, pero yo seré el amigo de los días de desgracia.

—¡Convenido!

—Te dejo, Vaudrey, y perdona que no te llame señor Ministro, porque me sería imposible. No tengo costumbre, y en vano trataría de dominarme, porque no soy el cortesano del triunfo, sino el de la desgracia.

—¿Cuándo volverás?

—Cuando hayas caído.....

—¡Muchas gracias!

—¿Qué quieres; yo soy así. Estimo á los amigos.

—Cuando están caídos.

—Eso es—exclamó Jeliotte.

—¿Y eso es todo lo que tenías que decirme?—preguntó Sulpicio.

—¿No es bastante?

—¡Sí, sí! ¡ya lo creo!..... Hasta la vista, Jeliotte.

—Hasta cuando te he dicho.

—Sí. Cuando me sienta amenazado te llamaré.

No temas, Jeliotte. Ya llegará el día.

—¡Imbécil!—dijo Sulpicio con rabia cuando el abogado hubo salido del despacho.

Y furioso cogió el sombrero y salió rápidamente para tomar el coche, mientras los porteros de la antesala se levantaban para saludarle respetuosamente.

Ni siquiera tuvo necesidad de decir al cochero: «¡Al Eliseo!» El programa del día estaba convenido por adelantado, y además, las gentes del Ministerio sabían, tan bien como el Ministro, cuándo había consejo en la Presidencia.

Sulpicio estaba un poco nervioso. La visita de Jeliotte, despues de la de Granet, le mostraban el lado desagradable de la especie humana. Jamás había tenido envidia á nadie, y creía tener derecho á que el mundo entero se alegrase de su triunfo.

— Porque, después de todo, es evidente que triunfo..... Ese animal de Jeliotte no es tan tonto como parece..... Hay muchos que en mi lugar harían lo que él dice.

Expedíase á sí mismo con la mayor naturalidad el título de modesto.

El carruaje se detuvo al pie de la escalera del palacio del Eliseo. Sulpicio experimentaba siempre una sensación de deleite al bajar del coche, con la cartera debajo del brazo y al pisar la alfombra de moqueta que cubría la escalera que conduce á los salones del Consejo de Ministros. Pasaba por

allí, como por todas partes, por entre una doble fila de saludos y reverencias. Las cabezas se inclinaban, varias manos serviles se extendían para cogerle el abrigo. Decididamente no iba á poder conocer á las gentes más que por sus cráneos, cabelludos ó calvos, uniformemente inclinados ante él.

Sus colegas esperaban reunidos y charlando en un salón tapizado de blanco y dorado, el eterno salón de todos los departamentos oficiales, con sus inevitables jarrones de Sèvres, puestos sobre consolas con tapa de mármol y pies dorados. Las carteras aparecían repletas ó desocupadas, flojas ó estallando de expedientes, en manos de sus excelencias. De pronto abrió una puerta, los porteros se apartaron para dejar paso, y el Presidente de la República se adelantó, con aspecto grave, á tomar asiento en su sitio de costumbre, enfrente del Presidente del Consejo, mientras que los Ministros se sentaban en sus sitios fijos, con una regularidad ordenancista, el de la Gobernación á la izquierda del Presidente de la República, y el de Estado á su derecha.

Luego á su vez cada consejero responsable iba tomando la palabra por turno, para hablar de los asuntos concernientes á su departamento, muchos

de los cuales habían sido tratados en consejos presididos por el jefe del Gabinete. Cada uno de ellos, al terminar de dar cuenta del estado de las cuestiones pendientes, saludaba al compañero que tenía á su derecha y decía:

—¡He dicho! Tenéis la palabra.

El Presidente escuchaba. Sulpicio, delante del tapete verde de aquella mesa, entregábase á sus ilusiones, olvidando los asuntos que eran debatidos. Unas veces era para recordar el tapete verde de la Diputación provincial de Grenoble y hacer constar para sus adentros que aquella reunión ministerial traía á su memoria el mezquino recuerdo de las sesiones de la Diputación provincial; otras, si su imaginación se hallaba influida por algún viento de poesía, para pensar que, después de todo, en aquel salón del palacio presidencial, aquellos hombres, sentados allí delante de sus papelotes, representaban á Francia, á la patria querida, y que tenían en el bolsillo los secretos, los destinos y la suerte misma del país.

Y Sulpicio, feliz de verse en el poder; Sulpicio, que se sentaba siempre con cierta especie de satisfacción física en aquel sillón que le parecía suyo, aspirando el deleite del poder como el humo del incienso, se olvidaba, sin embargo, de sí mismo y

sentíase traído á la realidad cuando aquel hombre flaco, de poblado bigote cano, que era su compañero, el Ministro de la Guerra, dejaba caer alguna palabra en la cual se adivinaba, á pesar de su laconismo militar, un temor ó una esperanza. Sulpicio entonces se ponía á escuchar, más emocionado de lo que quería aparentar, procurando á su vez ocultar todas sus agitaciones de artista y de patriota, bajo la máscara impenetrable que tenía, por ejemplo, su compañero el Ministro de Estado.

El consejo de aquella mañana era poco importante. El Presidente del Gobierno, el señor Collard, hombre gordo y apoplético, de ojos saltones y un poco vidriosos, sometía á la aprobación del Presidente de la República, el cual lo escuchaba sin decir palabra, cierto proyecto de reforma que le era completamente indiferente á Vaudrey. Ni siquiera oía la palabra un poco monótona de su jefe, que se perdía en consideraciones inútiles, mientras el Ministro de la Guerra, que lo miraba con ojos furiosos, parecía gritarle militarmente: «Acabad ya, con mil diablos.»

Vaudrey, con la vista fija en el cielo de invierno que se veía á través de los cristales del balcón, contemplaba á los pajarillos que se perseguían por entre las ramas de los árboles. Su pensamiento

estaba lejos, muy lejos de aquella mesa, en rededor de la cual, y en medio de un silencio profundo, iban saliendo palabras y palabras de los labios del Ministro de Justicia, como del grifo abierto de una fuente, cae, monótona y acompasadamente, el agua.

Sulpicio tenía la visión de que en el fondo de aquel jardín aparecía una forma femenina, vestida, á pesar del frío, con el traje de seda azul aquel que Mariana llevaba la noche antes, en la reunión de Sabina. Parecía estar viendo aquella fugitiva sonrisa, cuya expresión deseaba descifrar, aquella mirada extraña y burlona, aquella exquisita silueta de parisiense en toda la extensión de la palabra. ¡Qué encantadora era! ¡Y qué simpático aquel nombre de Mariana!

Vamos á ver, ¿quién podría ser en realidad aquella mujer tal vez peligrosa y ciertamente irresistible?

Hacía muchos años que Vaudrey no experimentaba una emoción semejante, ni se dejaba influir de aquel modo por un recuerdo. Despierto, lo mismo que dormido, encontraba la imagen de Mariana en el fondo de su pensamiento ó en sus pesadillas.

¡Encantadora!

— El señor Ministro de la Gobernación tiene la palabra.

Vaudrey no había advertido que el señor Collard había terminado su discurso, y que, después del Ministro de Justicia, había hablado también el de Estado. Necesitó un segundo de reflexión, una brusca reacción sobre sí mismo para darse cuenta de su propia personalidad: *¡Ministro de la Gobernación!* Este título no evocaba su *yo*, sino por la reflexión, una reflexión rápida, una especie de asombro disimulado, con una actitud pensativa, que duró un instante. Los compañeros de Vaudrey no habían advertido que aquel hombre sentado á su lado estaba soñando despierto.

Sulpicio, por otra parte, tenía bien poco que decir y nada grave. Habló del optimismo que se notaba en los partes que le dirigían. Añadió que antes de ocho días tendría terminada la combinación de gobernadores que estudiaba, y acabó pidiendo al Consejo que se ocupase inmediatamente en el nombramiento de subsecretarios.

Entonces echó de ver Vaudrey la singular influencia que debía tener Luciano Granet. Desde el principio de la discusión, el Ministro comprendió que su candidato Jacquier estaba derrotado por Warcolier. Granet debía haber trabajado con cada

uno de los ministros separadamente. El Presidente era partidario decidido de Warcolier. La moralidad de éste, su trato exquisito, la desenvoltura extraordinaria con que prescindía de sus antiguas opiniones, eran méritos. Se necesitaba atender á los nuevamente convertidos y mostrar que el Gobierno abría los brazos á cuantos ingresaban en las filas de su partido.

—La teoría es muy cristiana—dijo Vaudrey— y en verdad no soy partidario del jacobinismo, ni del sistema de sospechas; más hay en ese cariño que se profesa á los tráfugas algo de irónico.

—Pero altamente político—dijo el señor Collard.

—Es una prima que se da á los neófitos.

—Pues bien, la cosa es prudente.

Vaudrey comprendió que era, de todo en todo, inútil la insistencia. Tenía que sufrir á Warcolier. De su cuenta corría que aquel hombre no adquiriese en el Ministerio una influencia desmesurada.

Warcolier quedó nombrado. El presidente de la República firmaría el decreto á la mayor brevedad posible.

—¡Nombramiento convenido de antemano!—pensó Vaudrey, á quien le parecía estar viendo la sonrisa cortés, pero amenazadora, de Granet.

Sentíase un poco nervioso y fastidiado por aquel resultado. Pero ¿qué hacer? Se puso á escuchar, por ocupar el ánimo, los discursos de sus compañeros. El Ministro de la Guerra tomó la palabra, y Vaudrey, con asombro y mal humor, en vez de oírle hablar como esperaba de altos intereses patrióticos, le oyó formular extensas consideraciones sobre los shakós, las mochilas, la forniture, el paño y los capotes. Nada más. Era el dictamen de un sastre ó de un zapatero, más bien que el discurso de un ministro.

Sulpicio estaba deseando que terminara el Consejo.

El Presidente antes de levantar la sesión repetía con la gravedad de un magistrado ante un tribunal:

—Sobre todo, señores, nada de innovaciones, dejemos que las cosas marchen, y no nos metamos en honduras para mejorarlas. No nos creemos dificultades. Contentémonos con vivir. Se levanta la sesión.

—¡Nada!—pensaba Vaudrey.

Él entendía el poder de una manera muy distinta. Lleno de buenas intenciones, no quería dejarse llevar por las prácticas rutinarias como un pedazo de corcho es llevado por la corriente de un

río. Le importaba aplicar sus ideas, vivir y hacer que viviera el Ministerio de que formaba parte; progresar y no permanecer estacionario ó retroceder. No había para qué ser Ministro si hacía unas cosas como su antecesor. Para eso cualquier jefe de negociado sería tan buen Ministro como él.

En el momento de salir de la sala del Consejo, el Ministro de la Guerra le dijo con tono brusco:

— Parece, compañero, que no os hace muy feliz el nombramiento de Warcolier para subsecretario. Si ha cambiado la casaca, eso prueba que es partidario de aquel principio, de que en la variación está el gusto.

Y el soldado se echó á reír.

Vaudrey tomó su carruaje y fué al Ministerio para almorzar.

Para Sulpicio, en otro tiempo la hora del almuerzo era ordinariamente un momento de alegre libertad. Sentado frente á su Adriana descansaba en aquellos instantes de las luchas diarias de la política.

En su casita de la calzada de Antín tenía la costumbre de ser expansivo, de charlar, de permitir, con su conversación alegre y cariñosa, que su mujer encontrara en el hombre de cuarenta años, lleno de serias preocupaciones, al novio, al

recien casado en sus mejores días de luna de miel. Pero ahora, delante de aquellos criados, correctos y estirados, familiares del Ministerio, situados alrededor de la mesa como vigilantes de vista más que como servidores, no se atrevía. Apenas hablaba; sentíase espiado por todos y temeroso de cometer una indiscreción. El lacayo que le presentaba las fuentes para que se sirviera observaba atentamente *al señor Ministro*. Adivinaba en las mudas reflexiones de aquella gente que estaban haciendo comparaciones entre el Ministro actual y sus antecesores. Una vez, á una observación de Adriana, uno de los criados había respondido: «El señor Picherau, que precedió al señor Ministro, y el Conde de Harville, que precedió al señor Picherau, encontraban esto bien hecho, señora.

Adriana aceptaba lo mejor que podía las necesidades de su nueva situación. ¡Puesto que aquello era estar en el poder, qué se le había de hacer; paciencia! Estaba resignada á esas soledades de apariencia lujosa, puesto que la fortuna política de su marido la tenía como prisionera en aquel inmenso palacio del Ministerio donde no le quedaba nada de las alegrías del hogar, de aquella casita parisiense que ella había puesto con gusto exqui-